

## ÍNDICE

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Tucidides: la historia, entre retórica, tragedia y filosofía</i> Domingo Plácido (Universidad Complutense de Madrid) .....	15
<i>Il metodo in Tucidade: epistemologia e scrittura storica</i> Carlo Marcaccini .....	29
<i>Tucidides y su historia antigua: luces y sombras del escritor de antigüedades</i> César Sierra (Universitat Autònoma de Barcelona) .....	49
<i>Tucidides y la tiranía de los Pisistrátidas</i> Unai Iriarte (Universidad de Sevilla) .....	65
<i>Tucidides y la democracia</i> Laura Sancho Rocher (Universidad de Zaragoza) .....	101
<i>Tucidides y la antropología de la democracia. El demócrata en la "oración fúnebre" de Pericles</i> Antonio Hermosa Andújar(Universidad de Sevilla) .....	123
<i>Tucidides y el kósmos espartano</i> César Fornis (Universidad de Sevilla) .....	139
<i>¿Griegos o bárbaros? Tucídides y la asignación de identidades bárbaras a pueblos de la Grecia del norte y del noroeste</i> Adolfo j. Domínguez Monedero (Universidad Autónoma de Madrid) .....	161
<i>Tucidides y la guerra griega</i> .....	185
Fernando Echeverría (Universidad Complutense de Madrid)	
<i>Tucidides y el giro lingüístico en la historiografía contemporánea</i> Marc Domingo Gygax (University of Princeton) .....	205



## PRÓLOGO

El padre de la historia comienza con estas conocidísimas palabras su acto creador: «Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento– quede sin realce». La historia, ahí, es ya un ser vivo.

Además del gesto de marcado individualismo implicado en la autoafirmación del sujeto que la narra, pronto imitado por Tucídides, la extensa frase anterior aglutina una panoplia excepcionalmente relevante de ideas registradas todas ellas con el sello de la novedad. La historia, en tanto creación intelectual, suelta amarras de la épica y del mito, y los acabará sustituyendo como fuentes de la identidad de la comunidad; de un solo golpe el saber multiplica su condición inmanente y su humanización. Realza igualmente el proceso de democratización de la sociedad al situar al hombre común, y no al héroe o a los dioses, bajo el foco de su investigación; de este modo, por tanto, la realidad reemplaza la leyenda o el mito como teatro de la acción y como materia de conocimiento. Enfatiza asimismo el proceso de igualación de individuos y países, esto es, de construcción del concepto de Humanidad, al establecer, en una feliz contradicción, que los bárbaros –aquellos que en dicho inicio irrumpen sin más como lo no-griego– son dignos de tener historia, de ser recordados por su condición de autores de «notables y singulares empresas», algo que en principio sólo cabría esperar de los civilizados griegos, que por naturaleza sí saben hablar. *Last but not least* todo ello tiene lugar gracias a la aparición en la comunidad de un nuevo tipo de intelectual que compite con los físicos por explicar de manera coherente, unitaria e inmanente los fenómenos humanos o naturales que en ella o en el cosmos tienen lugar, acudiendo a cadenas causales que refutan las explicaciones sobre la administración de una sociedad o sobre la formación de un orden mediante acciones más o menos ligadas a la presencia de genealogías divinas.

Así pues, el conjunto del cuadro nos ofrece la imagen de un nuevo saber, una mirada nueva sobre la realidad provista de un nuevo concepto de verdad, desarrollado por alguien que no es filósofo pero que se halla junto a él durante el proceso de elaboración de una imagen de la naturaleza y la sociedad cada vez más depurada de sus gangas trascendentes. El objeto que ese nuevo saber mira es el devenir humano, aunque la lupa que le ayuda a fijar sus contornos en sus comienzos la aplique preferentemente a lo que quien la usa tiene junto a sí: su propio presente y el pasado más inmediato. Es ahí donde la verdad se siente más segura, en cuanto refrendada por la propia palabra del historiador que la construye. El resto del tiempo se va difuminando conforme pasa el tiempo, hasta sumergirse en esos dos agujeros negros de la historia que son el olvido o la leyenda. Pero lo que la historia modela de ese pasado actual e inmediato, el relato al que da forma con los hechos y en el orden seleccionados por ella, queda para siempre, y ese desafío de mantener en vida lo aparentemente muerto en cuanto que ya fue muestra en parte la grandeza de su poder. La historia es lo que impide pasar al pasado, al que por un lado inculca en la conciencia o en las acciones de los sujetos actuales y así lo preserva vivo y palpitante durante un periodo indeterminado; por otra, lo preserva igualmente en vida, incluso cuando ya no actúa, en el regazo de la escritura. Y las verdades a las que accede –aparte de la que ella misma se forja metodológicamente, y de la que enseguida daremos cuenta en el caso del propio Tucídides– nos revelan un escenario por entero diferente al de la dogmática metafísica, pues la historia establece sin paliativos que somos, y a la vez, cambio y permanencia. Un amable escepticismo y un saludable relativismo nos invita a juzgar desde ella los hechos, que de seguirse daría en sociedades más pacíficas y solidarias aun manteniendo su status de conflictivas; pero la historia testifica también sobre el porqué de la resistencia de los prejuicios a dejarse persuadir y desaparecer, y cómo entonces, por ejemplo, resulta paradójicamente posible, de un lado, constatar que los que hoy llamamos griegos antaño fueron (como los) bárbaros de hoy y, de otro, afirmar la existencia de una doble esencia humana en función de si se es griego (o romano, la excepción extranjera pronto reconocida en Grecia como civilizada) o no, y todo ello mientras ciertos griegos prodigan sus alianzas con bárbaros más poderosos material y militarmente que ellos para combatir a sus conciudadanos de cultura, o bien peleándose entre sí por ver quién es el más griego de todos.

¿Cuál es la verdad desde la que Tucídides narra y a dónde conduce? Responderemos con brevedad. Formalmente, las Historias constan de hechos y discursos, iluminando éstos a aquéllos desde diversos ángulos. Ahora bien, ni unos ni otros se presentan dados al historiador, sino que éste debe indagar en el magma de actos sucedidos en tiempos y espacios unas veces coincidentes y otras dispersos; y debe discriminar entre ellos y reunir los seleccionados bajo el yugo de un relato explicativo coherente. Es, pues, el historiador el que

construye la historia, quien decide lo que quedará del magma anterior y cómo: el autor de su orden y sentido. ¿Qué nos garantiza contra su arbitrariedad, qué nos preserva de que en un momento dado no oficie de político nacional y forje una leyenda con los hechos? En apariencia, nada, pero en realidad mucho: cuenta lo que otros también saben porque también lo han vivido y aspira a que su relato se objetive como cierto: como relato común. De ahí precisamente, la *pars destruens* de su método (I 20-22).

Los hechos que rehuirán el olvido haciendo historia deben salvar toda una carrera de obstáculos antes de serlo; el primero de todos lo interpone esa mayoritaria tradición de indiferencia ejercida por quien da mayor crédito a lo que oye que a cuanto es, que profesa una verdad transmitida de oídas y considera los intereses de quienes la componen indiferentes por naturaleza a todo ello. Así concluye Tucídides su disquisición: «¡Tan poco importa a la mayoría la búsqueda de la verdad, y cuánto más se inclinan por lo primero que encuentran!» (Th. I 20.3).. El segundo es la divergencia de versiones sobre los mismos hechos declaradas por los testigos, en la que la ideología, la memoria o algún otro factor intervienen en la manipulación, sea ésta consciente o no. El tercero es retórico, por así decir: se trata de la capa de maquillaje con la que en ocasiones los poetas y cuando no los logógrafos pretenden embellecer sus correspondientes relatos al objeto de volverlos más atractivos y así aumentar su audiencia. Frente a ellos, quien sólo recurre al verbo austero con el que la verdad se relaciona con los hechos tiene en principio todas las de perder.

Tampoco los discursos escritos coinciden punto por punto con los discursos hablados, y ello por motivos ocasionalmente coincidentes junto a otros muy distintos de los aducidos en relación con los hechos, ya que el historiador es el principal, cuando no único responsable de los mismos, y el historiador busca la verdad. La montaña construida por la incuria, la ideología, el tiempo o, por partida doble, la estética no se escalará en esta ocasión; su tarea no sólo consistirá en airear pruebas frente a cualquiera de los enemigos anteriores, lo que bastará para disolver su frágil consistencia. Ahora hay que combatir dos obstáculos de suyo insalvables: la literalidad y la dislocación de los discursos. No es posible recordar hasta las comas de un discurso, y menos las de uno no oído en persona al haberse pronunciado en otro contexto contemporáneamente al sí escuchado.

La responsabilidad del historiador antes hechos y discursos tales es colosal y compleja. En el primer caso, desconfiar de uno mismo, de la aceptación inmediata de los hechos según le llegan, brutos, configura el prudente paso inicial del arte de escribir historia; sin discriminación en los materiales, sin cotejo con las versiones de terceros, sin deliberación personal sobre la información recibida, sin contacto directo o indirecto, pero fiable, con las fuentes fácticas y/o personales de los propios hechos, sin el esfuerzo de imparcialidad, todo cuanto venga después la verdad lo declarará abolido apenas lea la

página inicial del libro. Ahora bien, si lleva a cabo ese prodigio y la verdad da su visto bueno a la vida narrada por la historia, su autor habrá ensanchado los dominios de lo humano al ser capaz de engrandecer con una nueva figura intelectual el área del conocimiento al aportar a la misma una nueva disposición humana, a saber: la capacidad de actuar sin preferencias que determinen las reglas de la razón o los contenidos de la voluntad. Será entonces cuando, por así decir, no sólo su palabra, sino hasta su propia persona, podrá ser ofrecida como garantía de verdad ante el resto de la sociedad, de manera análoga a como el héroe Palamedes, en el relato ofrecido por Gorgias, ofrece su propia vida –modelada desde su más temprana edad al calor de las instituciones y tradiciones griegas, a falta de pruebas en el juicio que se le lleva a cabo merced a los amaños de Odiseo– como garantía de su inocencia. Era ésa una teatralización del poder de la Historia, de ese querer permanecer fieles a los ideales con los que nos identificamos frente a intereses materiales, un testimonio del poder de la historia similar al ofrecido aquí por el eximio historiador ateniense. Y del mismo modo, cabe añadir, cuando Hume proclame dos milenios muy largos después la existencia de una tercera verdad en la arena pública, la del filósofo, equidistante entre las partidarias de las fuerzas que gobiernan y la única, por eso, cierta, no hará sino revelar su condición de vástago de Tucídides en condiciones y contextos muy distintos de los de éste.

En relación con los discursos, tarea y responsabilidad no son menores, aunque sí más sutiles. Es menester reconstruir el discurso a partir del registro que la propia memoria haya hecho de él, más se habrán de cribar las impresiones del mismo a fin de reproducir la más fidedigna; lo cual requerirá asimismo correlacionar palabras y contexto y referir ambos al contenido del discurso. Añádase a eso el número de operaciones a realizar cuando los discursos provienen de terceros, del proceso depurador requerido antes de establecer la imparcialidad del transmisor de información y la objetividad del contenido transmitido. Es entonces cuando las partes constitutivas del todo discursivo hallarán su concierto y cuando, por tanto, la verdad estará lista para salir a flote una vez lo escuche. La intervención de la razón en dicho proceso carece del calado exhibido en el ámbito de la epistemología; no se le exige demostrar la coincidencia entre los fenómenos externos y las imágenes reproducidas por nuestros sentidos y nuestra mente de los mismos, ni deducir leyes de validez universal, como tampoco se le exigirá probar fidedignamente la imposibilidad de la coincidencia. En la historia debe mostrarse por parecer lo más neutral posible ante la catarata de testimonios que se van sucediendo sin tregua, evaluándolos de acuerdo con procedimientos que ignoren su partidismo, la indiferencia en su recepción o el maquillaje que los adorna, y llevar a cabo ese ritual echando mano de prudencia al seleccionarlos e insertándolos armónicamente en un contexto preestablecido al objeto de acreditar su verosímil

correspondencia con él. Será entonces cuando la experiencia bruta se articule en conjuntos de sentido.

Un sujeto que actúe con semejante proceder y fije de entre todos los acontecimientos los hechos precisos mediante los cuales una comunidad ya emancipada de su pasado arcaico se forja una nueva conciencia de sí misma y se otorga una nueva o renovada identidad, un historiador así, decimos, no sólo irrumpe de pronto en la sociedad como el artesano de la novedad, sino incluso, diríase, como su custodio natural. Parecería con ello entrar en competencia con ese sujeto al que la filosofía ha dotado de una prepotencia ingénita, que monopoliza la verdad y forma sectas de acólitos dispuestos a defenderla contra quien no se extasie al contemplarla y a castigar a quien no rinda pleitesía a su creador y dueño. Sin embargo, Tucídides, aunque afirma expresamente que el historiador debe actuar contra la masa de indiferentes, no sólo no reclama privilegios para su persona pese a su posición elitista, sino que ni siquiera afirma que ese proceder no esté al alcance de aquellos cuya conducta delata. No hay por tanto en su sistema, incluidas las consecuencias, prebendas para el autor; y su figura no suscita la reacción que espontáneamente aflora ante el tragicómico sabio estoico, víctima de su propia soberbia, y cuyos poderes suscitan más compasión que hilaridad; como tampoco aparece envuelto en esa aureola de peligro que desde un Platón a un Kant, por no hablar del interminable séquito posterior, han nimbado a un individuo que reclamaba el gobierno para sí o para el amo del que voluntariamente se yergue en valido al equiparar *Staatsform* y *Regierungsart*, vale decir, al equipar un real gobierno del pueblo regido por el Derecho al gobierno de un autócrata, frente a cuyas decisiones no cabe derecho alguno, investido del deber de gobernar en republicano, esto es, de hacer como si gobernara el pueblo real. El historiador, pese al vértice social que ocupa, no manda.

Con todo, la palabra del historiador, que como la del filósofo ha perdido ya todo resabio mágico, que al volverse laica, como dice M. Detienne, ha perdido cualquier parentesco con la palabra mántica del sacerdote, el rey o el poeta, no por ello ha perdido toda relación con el tesoro del conocimiento. Pese a la modestia con la que realiza su colosal trabajo, pese al gesto adusto que la caracteriza, a quienes en lugar de la distracción o el encanto busquen verdades sobre los seres humanos, los protagonistas absolutos del relato histórico –ya emancipado en Tucídides de los vestigios de los dioses que le emparentaban más a Homero que a Tales–, el genial historiador tiene una promesa que hacerles: su relato, para quienes «quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana», será suficiente si ellos lo consideraran útil, por la sencilla razón de que habrán hecho, en dicho campo, «una adquisición para siempre» (Th. I 22.4).

En suma, la aparente modestia de los medios puestos en juego al construir la historia choca frontalmente con los inauditos resultados a los que accede: saca a relucir en medio de la infinita polvareda de las acciones de los seres humanos las leyes que rigen su naturaleza, lo que tenemos en común todos los hombres en cuanto hombres, con independencia de tiempo y lugar, y con ello transforma al pasado en la garantía de que en el futuro reaparecerá. O, en otro contexto, saca a relucir la roca fuerte sobre la que resulta factible elaborar científicamente un conocimiento sobre el hombre desplegado en varios saberes.

Para acabar. Anteriormente nos hemos referido a la capacidad propia del relato histórico de mantener vivo lo pasado, lo en apariencia muerto, y de las diversas novedades traídas consigo, entre ellas el nuevo tipo de intelectual que arroja a la arena social en la figura de su autor. Ahora lo acabamos de ver descubriendo las leyes universales de la naturaleza humana a pesar de trabajar con unos instrumentos epistemológicos en apariencia tan lábiles y del sólido relativismo que indefectiblemente promana de su propia constitución al ser el cambio el sujeto de su quehacer (eso que convertía a la historia en el mejor antídoto conocido frente a «los cambios de la Fortuna», según Polibio). Es a ese conjunto de propiedades que, desde un punto de vista metodológico, derrotan al escepticismo en su propio terreno y que no conceden al nihilismo la menor excusa para levantar su cerviz, ya plenamente desarrolladas en la obra de Tucídides, a lo que llamamos el poder de la historia.

Los coordinadores  
Universidad de Sevilla